



Clausewitz: La guerra en esencia y la intensidad de la política

Clausewitz: The essence of war and the intensity of politics

Juan David Fonseca^[*]

Resumen: El siguiente artículo se propone esbozar la relación de la guerra con la política en los términos expuestos por Clausewitz en «De la Guerra». En este sentido, se ha procurado indagar las bases teóricas de este libro, así como la concepción que tenía este militar sobre la política, comprendiéndola como un fenómeno conflictivo de intensidad que gradualmente puede escalar. Finalmente, se esbozan algunas consideraciones acerca de la teoría de Clausewitz y su relación con lo que se conoce como Nuevas Guerras, concluyendo que a pesar de estos recientes estudios, la tesis de Clausewitz de la guerra como un fenómeno invariable asociado a la política prevalece como el paradigma más certero para la comprensión de la guerra.

Palabras clave: Guerra, Clausewitz, política, intensidad, guerrillas.

Abstract: The following article aims to outline the relationship between war and politics in the terms set forth by Clausewitz in «On War». In this sense, we have tried to investigate the theoretical bases of this book, as well as the conception that this thinker had about politics, understanding it as a conflictive phenomenon of intensity that can gradually escalate. Finally, some considerations about Clausewitz's theory and its relationship with what is known as New Wars are outlined, concluding that, despite these recent studies, Clausewitz's thesis of war as an invariable phenomenon associated with politics prevails as the most accurate paradigm for the understanding of war.

Key words: War, Clausewitz, politics, intensity, guerrillas.

[*] Politólogo de la Universidad del Rosario de Bogotá. Correo electrónico: juand.fonseca@urosario.edu.co
ORCID <https://orcid.org/0000-0003-2171-2659>

I. INTRODUCCIÓN

Que el militar Prusiano Carl Von Clausewitz llamara la atención de intelectuales de tan diverso registro, ha contribuido a la fama de una obra que, como lo es «De la Guerra», sea obligatoria en cualquier estudio contemporáneo que pretenda entrar en la compleja relación entre la guerra y la política. En efecto, que entre los lectores de Clausewitz figuren desde entusiastas revolucionarios profesionales como Lenin o Mao, hasta intelectuales adversos al proyecto socialista, algunos de ellos liberales, como el sociólogo francés Raymond Aron o importantes historiadores militares como Liddell Hart, parece poner en evidencia la alta dosis de profundidad que alberga esta vasta e inacabada obra, la cual posee un interés más allá de las consideraciones tácticas de este genial militar, o de sus filiaciones políticas.

Clausewitz es antes que cualquier cosa, es el referente por necesidad para comprender la guerra como un fenómeno político y, por tanto, para comprenderla a la luz de todas las exigencias que conlleva la existencia de la política —como lo serían la necesidad del mando en las relaciones humanas colectivas, la enemistad pública como presupuesto de las acciones políticas, y, la violencia, como su medio específico en última instancia—. Puede decirse que, en su profunda indagación sobre la guerra, Clausewitz en paralelo desarrolló una teoría de la política, pues si la guerra no es más que una forma de hacer política, entonces la guerra no puede comprenderse satisfactoriamente sin la motivación política que la impulsa, la dirige y finalmente, también decide acabarla.

Al desentrañar de manera ideal —es decir conceptual— los aspectos elementales de la guerra, la cual no es otra cosa que imposición

de una voluntad sobre otra por la fuerza a través del combate, Clausewitz logró alcanzar, de acuerdo con el filósofo francés Julien Freund, un tipo de conocimiento sólido que explica su realidad específica y que en muchos sentidos resultaría fatuo tratar de refutar^[1]. No hay pues, guerra sin fuerza o sin el combate en donde estas fuerzas se encuentran, mucho menos hay guerra sin propósito, el cual no puede ser otro que la consecución de un objetivo político que permita tener un consolidado estado de paz. En pocas palabras, de acuerdo con «De la Guerra», en el campo de batalla se consigue a través de las armas y los cañones, lo que en otras instancias se logra por la diplomacia, y por más que se espere, la guerra excede y por mucho a las acciones meramente militares, puesto que, para efectos prácticos, una guerra no se gana solamente con la derrota militar del enemigo, sino con el socavar su voluntad de lucha, o, con el minar su espíritu y liquidar la unidad de su gobierno. Así las cosas, la victoria militar es casi nada sin el tratado de paz y las condiciones que logre alcanzar su gobierno.

Si bien las posturas de Clausewitz han sido condensadas de forma limitante en la fórmula que reza que «la guerra no es sino política a través de otros medios» (Clausewitz, 2010), este pensador logró también importantes méritos en las consideraciones tácticas de su época referentes al carácter superior de la guerra defensiva, y a la crítica de las estratagemas de victoria de la doctrina militar de algunos estrategas como Antoine-Henri Jomini. De igual manera, su penetrante comprensión de los efectos morales en la guerra, lo convierte en un teórico de esta en los aspectos mentales más evidentes asociados al combate y las exigencias de la lucha, teniendo también, aunque no tan conocidas, apreciaciones políticas que son cuando menos, inquietantes.

[1] Según Freund:

De todas las luchas políticas, la guerra y la paz aparecen como las más típicas de la dialéctica entre amigo y enemigo. Tomemos primero el caso de la guerra. Aquel que pretenda poder añadir elementos esenciales inéditos al análisis teórico que Clausewitz hizo de la guerra, daría pruebas de gran fatuidad. (Freund, 2018, p. 653)

En cuanto pensador político, Clausewitz es un teórico de la intensidad de la política. A sus ojos, testigos de la imparable marcha de Napoleón sobre Europa, los éxitos militares del emperador de los franceses fueron alcanzados por algo más que genialidad militar y oportunismo político. El por entonces miembro del estado mayor del ejército prusiano, constata que tras la *Grande Armée* de Napoleón, se asoma una totalización de la política y una tenacidad en los conflictos políticos nunca vista, ya que con el triunfo del republicanismo francés y la consolidación de su nación, el pueblo, como nuevo depositario de los actos políticos, incluye algo que no podían comprender las siempre prudentes cortes dinásticas europeas, esto es, que todo ahora es fundamentalmente político, y que la irrupción del pueblo supone conflictos políticos intensos a nombre de identidades y proyectos nacionales totalmente diferentes a la política entre casas dinásticas.

Clausewitz afirma que todo error militar es ante todo político (Clausewitz, 2010), y logra percatarse que en las derrotas de las coaliciones contra Bonaparte, las monarquías europeas no lograron comprender ni pudieron acoplarse a la nueva legitimidad política que se respiraba tras sus victorias, -diversos tipos de legitimidad como señala Schmitt sea nacional, sea republicano-democrática o popular—, ya que la tenacidad de los franceses y de su pueblo en el campo de batalla, era un fenómeno político nuevo que introdujo la revolución, la cual hizo que la política alcanzara un nuevo grado de intensidad, cosa que se manifestó en un nuevo tipo de guerra que casi llegó a los extremos lógicos de la guerra ideal, consecuentes con la aniquilación total del enemigo, siendo la guerra entre pueblos mucho más intensa que las guerras muchas veces simuladas entre gobiernos dinásticos.

En consonancia con esto, Clausewitz exhortó a una guerra existencial contra Bonaparte (Schmitt, 1969), y junto con figuras importantes del Estado mayor prusiano como su colega Gneisenau inspirados probablemente

por Fichte (Freund, 1976) (Schmitt, 1969), se plantearon la posibilidad de un nacionalismo genuinamente revolucionario con el cual hacer frente a Napoleón, asunto que a nivel teórico se permite observar en el interés cada vez más fuerte de Clausewitz por la posibilidad de un levantamiento popular como el que desde 1808 se daba en España contra las tropas francesas.

A pesar de todo, y de su enorme riqueza, algunos aspectos de la fecunda inteligencia de Clausewitz han quedado opacados por su constatación fundamental de la relación entre política y guerra. Entre los mencionados, el carácter militar de un escrito como «De la guerra», el cual, como resalta Brodie si bien ha resultado difícil de estudiar, en especial, para los propios entendidos del gremio militar por el carácter reactivo a asumir formulaciones doctrinarias sobre el posicionamiento de las tropas, las maniobras envolventes y demás, ha logrado de igual manera y por méritos propios, posicionarse como el libro fundamental acerca del fenómeno de la guerra. De forma que, tras el Clausewitz teórico existe y es preciso rescatar también, al pensador con la clara intención a serle fiel a su experiencia, y a constatar lo que es la guerra en esencia, asunto que en muchos sentidos parece insuperable, aun cuando no se contemple la guerra naval, ni mucho menos la guerra aérea que no pudo conocer.

II. UN TEÓRICO SIN VICIOS TEORICISTAS

«De la Guerra» es un libro de teoría de la guerra, su preocupación es en primera instancia, captar los conceptos fundamentales de esta actividad humana específica a través de un sistema lógico de conceptos. De entrada, su autor advierte el abordaje conceptual del fenómeno de la guerra:

Me propongo considerar en primer lugar los diversos elementos de esta disciplina, luego sus diversas partes o secciones y por último, la totalidad de su estructura interna. En otras palabras, iré de lo simple a lo complejo. Pero en la guerra más que en

ningún otro asunto debemos empezar por examinar la naturaleza del conjunto. (Clausewitz, 2010, p. 1)

Influido por el ambiente intelectual de su época, proveniente de criticismo kantiano, Clausewitz elaboró una famosa distinción entre la guerra ideal y la guerra real, en donde la primera, esboza la lógica interna de la guerra entendida como desarme del enemigo a través de la fuerza, y, en la segunda, por el contrario, compuesta por el conjunto de variables que intervienen en una guerra, como lo serían los factores asociados al terreno, el miedo, la información y el genio militar, solo por mencionar algunas.

En este sentido, el núcleo puro de la guerra, es decir el conceptual, lo constituye el duelo y el desarme del enemigo empleando la fuerza. Según esto, si la guerra es aplicación de fuerza, no hay, en principio, razón alguna para tener que moderarla, pues toda reticencia en su uso conduce al absurdo lógico de no someter al enemigo, asunto que lleva por necesidad también a la conclusión sobre el uso y aplicación de la fuerza, ya que tampoco habría razón lógica alguna para la suspensión de las actividades bélicas, por lo que la guerra en su concepción ideal, conduce a la búsqueda inexorable en esfuerzos por liquidar al enemigo, y por lo tanto hacia los extremos^[2].

No obstante, la guerra real no llega a los extremos de la liquidación total del enemigo y del empleo máximo de la fuerza. Y así ocurre, porque la guerra es un fenómeno determinado por los objetivos políticos que la impulsaron, es decir, la derrota militar del enemigo no es la única forma de lograr su desarme o la paz, ya que a veces, basta con tomar parte de su territorio, una plaza fuerte, disolver sus alianzas, o, simplemente, hundir la legitimidad del gobierno adversario. La guerra, insiste Clausewitz, no es un fenómeno aislado, las consecuencias

lógicas del empleo de la fuerza se encuentran siempre determinadas por las perspectivas políticas que la impulsaron, y que finalmente otorgan sentido a la guerra.

Al margen de esta consideración, las guerras en su sentido ideal tienen poca o ninguna realidad fáctica, ya que, si una guerra se deja gobernar solo por las razones militares del sometimiento del enemigo, no dejaría espacio para la negociación ni para los más hábiles ardides políticos manifestados en los tratados de paz, en la consecución de alianzas y demás aspectos fundamentales en la historia de las más diversas guerras. Es por esto por lo que una teoría de la guerra debe tanto contemplar la lógica interna de la guerra, la cual tiende hacia los extremos, como la guerra real, en donde la política opera como un mitigante de todas las consecuencias de la guerra pura, por necesidad, pues la guerra no es sino política hecha con armas.

Como ha señalado Brodie (2010), Clausewitz nutrió su teoría de la guerra con unas consideraciones que para su época fueron de avanzada. Entre otras, haber sido uno de los militares que más que hacer énfasis en el rol decisivo de las armas y sus avances tecnológicos, se adentró con interés en las exigencias mentales de la guerra. Con pocos rodeos, menciona su autor, la guerra es acción constante, exige, sobre todo, valor antes que inteligencia, premia sobre todo al osado antes que, al teórico, así como también, da a entender que las virtudes militares se adquieren antes por experiencia que por doctrina. Siendo muy enfático, se explica por qué la guerra no puede resolverse con fórmulas precisas ni con doctrinas parciales sobre el ataque y/o la defensa, ya que al ser una actividad sometida a la probabilidad y en ciertas circunstancias incluso al azar, la guerra nunca es algo definido y mucho menos definitivo.

^[2] Orientados a la liquidación del enemigo con máxima concentración de fuerzas posible, así como con una acción militar ininterrumpida.

Así que, siendo estudioso de la importancia de un mando enérgico en batalla y de los sentimientos hostiles que despierta la guerra, -aquellos que él mismo llegó a sentir en contra de Napoleón-Clausewitz fue prudente ante las fórmulas militares acerca de las maniobras envolventes, o los conceptos que hicieron escuela en la doctrina militar de entonces —llave del país, superioridad numérica, defensa en plazas fuertes, conceptos como el de base y varios más —y valoró la guerra en relación con la política no como un arte-visión dominante sobre la guerra anclada a la fama actual de pensadores como Sun Tzu o Maquiavelo— menos como una ciencia, sino como un intercambio humano de intereses. La guerra, en la concepción de este militar, es un juego constante de intereses, y cómo tal, está sujeta a imprevistos provenientes de diversas causas, asunto que alejó su concepción de la teoría de la guerra de cualquier ilusión de control que pretendiera hacer unas máximas militares aplicables en todo momento, y en cualquier campo de batalla^[3].

Todo lo contrario, para hacer justicia con su fenómeno de estudio, Clausewitz colocó la teoría de la guerra lo más lejos posible del constituir un insumo para la acción. De esta forma, no dejó de plantear las dificultades de su tarea, y de dejar en ridículo con cierta rudeza toda clase de sistemas y fórmulas militares tan a gusto de algunos doctrinantes^[4].

En la guerra, no se pueden dejar de lado los factores morales y sus efectos, mucho menos, subestimar el papel que el miedo —transversal a cualquier guerra— tiene sobre las acciones humanas, pues es a partir del miedo y el conocimiento humano imperfecto que se dilatan las acciones militares, y, de igual forma, también la razón del por qué las virtudes militares al contrario de las teóricas ofrecen los insumos intelectuales necesarios para estas circunstancias. En la guerra se opera con el terreno, con el clima, con la constitución del genio nacional —tan diverso en especial en la época de las guerras napoleónicas—, asimismo, se toman decisiones con información imperfecta y con los ánimos expoliados por jornadas duras de trabajo, cansancio y esfuerzo, de tal manera que buscar condensar esto con formulaciones generales o sistemas de combate, no es otra cosa sino incurrir en un error teórico además de práctico.

La teoría debe conceder al militar las prerrogativas sobre su acción y detenerse en la explicación racional de ciertos eventos, la dirección de la teoría de la guerra para Clausewitz está en poner en contacto al que desconoce lo que es la guerra con su complejidad, y, por otra parte, ayudar al militar a interpretar de mejor manera ciertos eventos de forma que pueda comprender tanto sus causas como obtener un conocimiento más íntimo de su materia.

^[3] No está demás decir que en Clausewitz también existen consideraciones tácticas que definen su forma de entender el cómo conseguir los objetivos en la guerra. Entre las más célebres, su noción —a contracorriente de su época— de la guerra defensiva como aquella más fuerte y favorable para ciertas circunstancias, esto, no obstante, no lo condujo a realizar toda una teoría militar de la defensa, ni mucho menos a descartar el ataque como parte constitutiva del intercambio de fuerzas en la guerra.

^[4] Sobre este punto, no hace falta sino detenerse en algunos pasajes del libro *II Sobre la Teoría de la Guerra*, donde su autor no deja de poner animosamente en ridículo cualquier intento teórico por sobreponerse al genio militar y a la acción. Por ejemplo, acerca del mérito teórico de explicar el concepto de base de Bülow: «El concepto de base es un instrumento necesario en la estrategia y al autor le corresponde el mérito de haberlo descubierto; pero es inadmisibles utilizarlo de la manera descrita» (Clausewitz, 2010, p. 86). o a la forma en la que Clausewitz encuadra el problema de la teoría en contravía del genio militar «Lo que hace el genio es la mejor norma y la teoría no puede hacer nada mejor que describir el caso y justificarlo» (Clausewitz, 2010, p. 87). En últimas, los intentos de sentar un sistema para la guerra resultan para el autor de *De la Guerra*, algo inútil: «Tratan de fijar valores: pero en la guerra todo es incierto y los cálculos deben hacerse con cantidades de variables» (Clausewitz, 2010, p. 86).

Contrario a las tendencias de ciertos estudios sobre la guerra, no parece haber en Clausewitz ni teoricismo —intención de poder subsumir la complejidad de la guerra a un sistema lógico— ni, mucho menos, belicismo^[5], pues, como se explicará más adelante y como sostiene Aron, Clausewitz al entender la guerra como parte de la política, parece adscribirse igualmente a la idea del equilibrio de poder como forma disuasiva de cualquier enfrentamiento armado. Pero, por ahora, y volviendo a la teoría, esta no debe acercarse en ninguna circunstancia a la doctrina:

Una teoría no tiene por qué ser una doctrina positiva, una especie de manual para la acción. Siempre que una actividad trata con las mismas cosas una y otra vez, con los mismos fines y los mismos medios, aun cuando haya variaciones menores y una diversidad de combinaciones infinita, tales cosas son susceptibles de un estudio racional. (Clausewitz, 2010, p. 93)

III. LA INTENSIDAD DEL PUEBLO COMO SUJETO POLÍTICO O DE LA TOTALIZACIÓN DE LA GUERRA

«De la Guerra» es un libro complejo, especialmente, por el abundante material de referencias históricas y militares que provee su autor. Haciendo justicia a Clausewitz, quien no parece tener tras de sí el peso de una pedantería erudita, las referencias a las guerras de Federico el Grande, las guerras bohemias y la Guerra de los Treinta Años, pueden llegar a agobiar al lector casual o, al menos, al que no esté familiarizado con varios siglos de historia político-militar de Europa. Si bien es cierto que, siendo fiel a su forma de hacer teoría, planteando que los ejemplos históricos deben provenir de conflictos bélicos recientes, también es cierto que en Clausewitz hay un montón de referencias históricas que sólo son aprehendidas

a cabalidad por los más enterados en historia militar de los siglos XV al XVIII.

Sin embargo, ni al más agobiado de sus lectores puede pasarle desapercibido el dato de que es Napoleón el gran referente a la hora de emplear ejemplos históricos y militares a lo largo de este enorme trabajo. Por obvias razones, Clausewitz no podía dejar pasar la oportunidad de referirse a las campañas en las que el mismo participó como parte del ejército prusiano, y también como agregado a las tropas rusas en las campañas después del desastre de Jena. El emperador de los franceses es para Clausewitz, apoyándose también en el no tan conocido *memorándum-confesión* de 1812, tanto una figura admirada por su éxito militar, como aborrecido por su rivalidad política (Schmitt, 1969).

Lo relevante de esto resulta ser que, para el militar prusiano, precisamente fue Napoleón quien logró llevar la guerra a una instancia hasta entonces desconocida, manifestándose esta nueva realidad en el carácter de las victorias francesas, que, al ser totales y fulminantes, así como al incorporar una inusitada tenacidad por parte de sus tropas, lograron superar en espíritu combativo a las viejas élites militares del antiguo continente, trayendo consigo una forma nueva de guerra. Para Clausewitz, es más que evidente que tras este ejército de revolucionarios poco entrenados en sus comienzos, se asomaba ya un nuevo tipo de conflicto político que revolucionó el plano militar, cosa que dejó como obsoletas las guerras que, desde la Guerra de los Treinta años, habían existido en Europa, unas guerras que fueron básicamente guerras diplomáticas, circunscritas por entero a los gobiernos sin la participación considerable de los pueblos.

Hasta las guerras patrióticas de la revolución francesa, salvo algunas excepciones, la guerra había sido cosa entera de los gobiernos

^[5] Este tópico es objeto de mucho debate, algunas posturas, como la de Kaldor actualmente ven cierto peligro en la tendencia lógica de la guerra hacia los extremos de la aniquilación del enemigo (2010).

separados de los pueblos y de todo el ardor nacional que trajeron a partir del siglo XVIII. Limitadas así, las batallas estaban compuestas por ejércitos poco entrenados, liderados por nobles a veces no tan curtidos en la batalla, y que, desprovistas de ardor, solían limitarse a la toma de ciertas plazas fuertes o a conformarse con la desbandada de ejércitos compuestos en gran número por mercenarios pagos directamente de las arcas de los gobiernos, que hacían de la guerra, en muchos sentidos, una actuación formal y parsimoniosa:

De este modo la guerra se convirtió en una preocupación exclusiva del gobierno, hasta el punto de que los gobiernos se alejaron de sus pueblos y se comportaron como si solo ellos fueran el Estado. Sus medios para hacer la guerra pasaron a ser el dinero de sus arcas y los perezosos vagabundos que pudiesen caer en sus manos, ya fuera en el propio país o en el extranjero. En consecuencia, los medios disponibles estaban bien definidos y cada cual podía calibrar el potencial del otro bando, tanto en términos numéricos como de tiempo. Por tanto, se privó a la guerra de su característica más peligrosa, su tendencia al extremo. (Clausewitz, 2010, p. 472)

Bonaparte, con su avance sobre las monarquías europeas y con la tenacidad de sus guerras, se había aproximado peligrosamente a la guerra ideal, a la guerra entregada por entero a la liquidación militar y política de sus enemigos. La inclusión y participación por entero del pueblo en la guerra, superó absolutamente estas guerras limitadas, dado que ahora, tropas entrenadas profesionalmente y

compuestas en su mayoría por ciudadanos, formaron ejércitos a la luz de un conflicto político existencial en Europa, una batalla entre monarquía y república que no podía liquidarse de manera definitiva en tratados de paz, ni podía conformarse simplemente con cesiones de terreno y acuerdos entre familias nobles.

Para Schmitt, las guerras napoleónicas supusieron una lucha en el plano de las legitimidades políticas y de derecho en Europa, que enfrentó, de una parte, la legitimidad tradicional y dinástica anclada a la tradición y la nobleza, frente a toda la intensidad de una revolución cobijada por la idea de la ciudadanía y nación, siendo a su vez, apuntalada por los jacobinos con la muerte y fin de una casa dinástica. Las guerras napoleónicas supusieron una enemistad política particularmente fuerte, evidenciada en actos de guerra intensos como los bloqueos navales, creación y separación de Estados, así como levantamientos populares descentralizados y generalizados como los de España, que bien llamaron poderosamente la atención de Clausewitz.

El mencionado enfrentamiento entre legitimidades le granjeó a Napoleón la fama de oportunista y de bellaco, muy probablemente por el hecho de que este no tuvo muchos escrúpulos para tratar por varios medios de forjarse una legitimidad, que le permitiese crear un genuino imperio francés, —no está de más mencionar, el concordato con la iglesia de 1801, la creación de la confederación del Rin, entre varios intentos de Napoleón por ganarse la legitimidad de sus anexiones, por ejemplo, el matrimonio con María Luisa de Austria entre otros más^[6]— y de verse asimismo como

[6] Como lo indica Schmitt, Napoleón trató de condensar en su figura muchos tipos de legitimidad. De una parte, su ascendencia plebeya lo hacía legítimo desde el punto de vista republicano, el cual resultaba de sumo adverso a la monarquía. Por otra parte, sus constantes intentos de parecer un libertador, esperaban ganarle una legitimidad diferente, probablemente alentada por el proyecto filosófico de la ilustración y la modernidad. De igual manera, Napoleón trató también de hacerse su propia dinastía y emparentarse con la nobleza europea, cosa que nunca pudo lograr cabalmente. Finalmente, acorde con los tipos ideales weberianos, aun el más obsesivo quizás tendría simplemente que conformarse con aprehender la legitimidad de Bonaparte como carismática.

un benefactor, que por ejemplo, le podría ahorrar la revolución a los estados alemanes en su paso hacia la república^[7], y que igualmente, podía desatar a los supersticiosos españoles de su mentalidad tradicional y su arraigadísima religiosidad.

No obstante, puede afirmarse que contrario a forjar un imperio francés, Napoleón despertó y sembró en sus enemigos la idea de una nueva legitimidad anclada a la idea de nación por encima de cualquier monarquía, idea que contribuyó enormemente a su posterior ruina. Por este motivo, es que puede observarse como algo relevante el que una élite militar tan activa intelectualmente como la prusiana, en donde figuran el mismo Clausewitz, Gneisenau y Scharnhorts, se declarara opuesta y decidida a detenerlo, colocando en evidencia que la búsqueda constante de estos militares por descifrar su secreto, llegó a la conclusión de que este era, ante todo, político. Así, políticamente era preciso mostrar que Napoleón no era como un rey de vieja data, y que su ejército luchaba con la intensidad de la fuerza elemental que se defiende por su vida, intensidad que no era otra cosa sino la revolución llevando las guerras entre gobiernos a las guerras entre pueblos, y que en su marcha, vaticinaba la erradicación de la monarquía, exigiendo, según estos militares, un verdadero nacionalismo alemán/prusiano encunado por la hostilidad hacia Napoleón, el cual cobraba forma en la enemistad filosófica prusiana de algunos pensadores como Fichte.

Clausewitz había observado esto con la mayor atención, y con esto ha señalado un punto importante en su teoría, planteando que si bien la guerra es un fenómeno que atraviesa a la historia política, cada época tiene su propio tipo de guerra, siendo así, que los grandes

cambios en el plano militar, parecen precedidos por cambios importantes en materia política —por ejemplo, de la guerra diplomática de los siglos XIV y XV se dio paso a otra con la formación del Estado en Europa que con la posterior profesionalización del ejército, y con la guerra revolucionaria entre pueblos en el siglo XVIII, terminó por convertir a la guerra en una potencial lucha asociada a la violencia absoluta—. Precisamente, cuando los franceses llevaron la guerra a su máxima realización, es cuando un trabajo como el de Clausewitz cobra sentido a la manera de su autor juzgar su propia obra, pues la guerra parsimoniosa y limitada europea no era otra cosa que una política limitada por múltiples factores, en cambio, la posibilidad de una teoría que verse sobre la tendencia de la guerra a los extremos solo parece viable en un momento en el que la guerra ha escalado a la violencia absoluta asociada a una enemistad política más intensa:

En consecuencia, los acontecimientos de cada época deben ser juzgados a la luz de sus propias peculiaridades (...) La época en que este postulado, este elemento con validez universal, alcanzó más fuerza fue la de los tiempos más recientes, cuando la guerra alcanzó un grado absoluto de violencia. (Clausewitz, 2010, p. 478)

La política en Clausewitz, parece estar según lo ya comentado, anclada a un conflicto permanente de intereses, asunto que lo condujo a una concepción gradualista de la política como un fenómeno de intensidad. Sólo de esta forma es que puede entenderse el vínculo tan estrecho entre ambas, pues donde hay una política fervorosa e intensa es que hay una guerra semejante. En el campo de batalla se manifiestan todos los conceptos políticos elementales, como lo son; el mando, nación, enemigo y de-

[7] Es hecho conocido de forma extendida, la admiración de que despertó la figura de Napoleón en importantes figuras del pensamiento alemán como Hegel. En el caso del autor de la *Fenomenología del Espíritu*, tras una interpretación apologética, se veía tras el general francés, la materialización de su filosofía, así como del espíritu de su época (Schmitt, 1969).

más, asimismo, en la consecución de ciertos objetivos políticos es que el objetivo militar encuentra su mayor motivante, pues una guerra desprovista de un interés político potente no es más que una demostración de fuerza.

Puede afirmarse que acorde a lo visto en «De la Guerra», la política es fundamentalmente conflicto, y que las vías de resolución de este pueden ser muchas, siendo la guerra una de más. Sin embargo, la particularidad de la guerra reside en que emplea la estrategia —es decir los combates— para la consecución de sus objetivos, incorporando a la inteligencia política todo lo que es propio a la aplicación de la fuerza, como lo es ciertas apreciaciones tácticas sobre el terreno, los elementos del ejército y así; igualmente, al pasar todos estos intereses al plano militar, Clausewitz ha sido más que brillante en advertir que la guerra también posee sus propias características, y que es preciso conocerlas si es que se aspira a utilizarla como un medio de la política. En consecuencia, un comandante militar en un campo de batalla es, por momentos, también un jefe de Estado.

¿Es entonces justo afirmar que Clausewitz fue alguien que demostró la inutilidad de la diplomacia? Para nada. Al contrario, si la política es un conflicto de intereses que potencialmente puede escalar a una guerra, lo regular parece ser siempre la diplomacia, siendo la antesala a cualquier conflicto intenso que implique la fuerza, y, por lo tanto, el verdadero estadio al que debería aspirarse a tramitar pacíficamente los conflictos entre unidades políticas. La guerra real es cruenta y dolorosa, el miedo que causa, así como su destrucción, es en sí misma causa de disuasión, cosa que no debería pasarse por alto aun cuando se sostenga que el núcleo de la teoría de Clausewitz es la tendencia inherente a escalar la guerra a los extremos con el fin de liquidarla pronto (Kaldor, 2010).

Las alianzas son en sí mismas un tipo de conflicto, se agrupan con el fin de proteger intereses en común con la potencial defensa de estos a través de, incluso, el uso de la fuerza.

Así las cosas, no habría que ir muy lejos para comprender que, tras cualquier intención hostil, se debe sopesar cuál es el orden actual de las cosas, dado que este tiende constantemente hacia un equilibrio explicado por el deseo e intención de los Estados por mantener las cosas en un estado de orden relativamente pacífico. Como indica Clausewitz:

Si no fuera por ese esfuerzo común en pro del mantenimiento del *status quo*, nunca hubiera sido posible que varios Estados civilizados coexistieran pacíficamente a lo largo de un periodo de tiempo; habrían acabado fusionándose en único Estado. El hecho de que Europa, tal y como la conocemos, haya existido durante más de mil años, solo puede explicarse por la acción de estos intereses generales. (Clausewitz, 2010, p. 309)

La guerra no ha dejado de ser un recurso de ciertas circunstancias, una herramienta útil para ciertos momentos, un belicismo incontenible no parece nada plausible en el orden práctico de las cosas, así como de igual manera un pacifismo cándido y antimilitarista no deja de ser cierto ensueño utópico. El equilibrio entre estados se mantiene a través del miedo mutuo y del cálculo de la potencial destrucción que acarrea el combate, la guerra, propiamente hablando, no existe si el que recibe las acciones hostiles no se defiende, dado que, si el atacante no encuentra resistencia, propiamente no hubo colisión ni de fuerzas ni de combate. De manera que la preparación para la guerra cobra actualidad inmediata en cuanto se comprende que el orden depende muchas veces tanto de un interés por mantener el mismo, como por el miedo a la guerra. Por paradójico que parezca, mientras exista política, la guerra es una posibilidad real, y mientras así sea, la guerra misma y la preparación para esta, opera como un elemento de disuasión, en este sentido, Clausewitz es un claro ejemplo de adherirse a la idea de equilibrio de poderes a nivel de la relaciones internacionales.

IV. CLAUSEWITZ Y LA GUERRA DE GUERRILLAS

Werner Hahlweg ha indicado cómo Clausewitz fue uno de los primeros -sino el primero- en incluir todo lo que respecta a la guerra de guerrillas como parte de la teoría de la guerra en general, esto, aun cuando en el apartado dedicado a esta materia en «De la guerra», su autor aclare que todo lo que respecta a esta, así como su eventual desarrollo, se encuentra aún en un estadio muy preliminar como para estudiarla con mayor detalle^[8]. Sin embargo, más allá del alcance descriptivo del estudio sobre las guerrillas, existen apreciaciones sobre estas que merecen detalle, en especial, como ya se ha indicado, el hecho de que Clausewitz la estudie como un fenómeno de índole sociopolítico además de ser una parte de la teoría de la guerra.

Hahlweg (2008), destaca que la impresión de Clausewitz sobre este tipo de guerra se forjó fundamentalmente a partir de la guerra de independencia estadounidense (1776-1783) así como la revolución francesa y el imperio de Napoleón I (1789-1815), incluyendo también, algunos episodios de su experiencia como parte de la campaña rusa y la resistencia prusiana en algunas regiones de Alemania. Este tipo de guerra, efectiva y útil sobre todo en el plano defensivo, además de contar con apreciaciones tácticas de Clausewitz aun aplicables al día de hoy -como el que la guerra de guerrillas pertenece sobre todo a las acciones de corta escala fuera del teatro de operaciones, así como que estas, suelen evitar la ofensiva y confrontación directa y, el hecho de que esta forma de guerra suele hacerse sobre todo en terreno propio y demás—, hace parte de la tendencia de la guerra hacia su forma absoluta, y, como fenómeno reciente en Europa, siglo XIX, la guerra de guerrillas se explica como el natural desarrollo de la intensidad a la cual están escalando los conflictos armados tras el ímpetu la revolución:

As a result of the new forms in which it appeared amid the almost overwhelming intensity of the revolutionary and Napoleonic wars, guerrilla war, the 'people's war', gained increasing importance. Ultimately it became a weighty component of warfare in general that could even make its contribution to the 'absolute' character of war. (Hahlweg, 1986, p. 127)

Sin ser parte de lo que representó este tipo de guerra para los procesos independentistas, en términos de haber sido una guerra alentada de manera improvisada y patriótica por colonias, la guerra de guerrillas en Europa fue, sobre todo, una forma escalada, intensa y política de enemistad. Como parte de la situación desesperada de Clausewitz ante la ocupación francesa, este militar observó esta forma de guerra como un recurso desesperado para salvar la dignidad de Prusia. Sin embargo, las raíces de su enemistad van más allá de la obiedad de vérselas ante todo lo que implica una ocupación, pues Bonaparte, no era del todo resistido por ciertos sectores intelectuales de los estados alemanes, entre otros, por figuras de importante calibre como Hegel o Goethe. Ciertamente, la enemistad de Clausewitz destaca por lo que parece ser un sentimiento de hostilidad tenaz ante el avance de Napoleón.

Documentos como *memorándum-confesión* o *Bekennnisdenkschrift* de 1812 brillan por la firmeza con la que Clausewitz como patriota y reformista, está dispuesto a cualquier cosa con tal de frenar su avance, llegando incluso a preguntarse por tácticas que empleen el terror y la violencia más cruda contra el invasor:

The enemy would, through the inhuman treatment of the captive insurgents with the death penalty, etc', demoralize the rebels, we must consider 'repaying atrocity with atrocity, violence with violence ! It will be a simple matter for us to outdo the enemy and lead him

[8] Capítulo XXVI El pueblo en armas como parte de libro VI Sobre la defensa.

back into the boundaries of self-control and humanity. (Clausewitz, 1812 como se citó en Hahlweg, 1986, p. 127)

El Clausewitz del *memorandum*, según Schmitt, muy probablemente influenciado por Fichte y sus Discursos a la Nación Alemana, convierte al autor de «De la Guerra», en una figura clave para aprehender el momento de colisión de legitimidades que atravesó Europa durante el tiempo que duró el imperio napoleónico. De un lado, el Clausewitz conservador que para Aron abrazaba el equilibrio de poderes como estadio imperfecto de la paz entre los estados de Europa, se lanzó desesperado a exhortar a una posible guerra total contra el invasor, una guerra de guerrillas. De otro lado, muy probablemente tras Clausewitz, también ya asoma la idea de nacionalismo en clave reformista, un nacionalismo revolucionario anti-Bonaparte, que, si bien no perduró más allá de 1814 con la derrota definitiva de Napoleón, si fue lo suficientemente fuerte como para no asimilar a los franceses como libertadores, ni convertir a los estados alemanes en receptáculos pasivos de la revolución.

Si bien como señala Schmitt, no parece justo afirmar que Clausewitz hizo parte de la propia hostilidad que Fichte sintió contra los franceses, menos aún, cuando su propia figura resulta aún muy distante a lo que podría ser un filósofo, si es llamativo que un documento intenso y con una declaración tan manifiesta de enemistad política, gire alrededor de la guerra de guerrillas como una posibilidad real ante las desesperadas circunstancias. Esto no parece sino poner en evidencia el hecho de que la guerra contrarrevolucionaria española, y, la resistencia de otras partes de Europa contra Napoleón era un escalado conflicto político que reunió contra Francia diversos tipos de enemistad (republicana vs monárquica, tierra vs mar, entre otros tipos más).

En cuanto a sus apreciaciones tácticas, como parte de la guerra defensiva, las guerras

de guerrillas deben cultivar su ardor y tenacidad para tener cierta perduración en el tiempo. Al ser tropas de segunda categoría, el vigor y la enemistad que las caracteriza en sus comienzos suele perderse enseguida si se sufren bajas considerables, sobre todo, con un número significativo de muertos. En consecuencia, una guerra de guerrillas satisfactoria probablemente intervenga de manera puntual en ciertas acciones de sabotaje y terror, y siendo parte del carácter nacional, se utilice como un recurso para lograr mayor desgaste en el enemigo y evitar la profundización de su avance:

No importa lo valiente que sea un pueblo, lo belicosas que sean sus tradiciones, lo grande que sea su odio por el enemigo o lo favorable que resulte el terreno en el que lucha: un levantamiento nacional no puede mantenerse mientras haya demasiado peligro en la atmósfera. Por tanto, si queremos atizar el fuego para convertirlo en una conflagración importante debe hacerse a cierta distancia, donde haya suficiente aire y la insurrección no pueda ser sofocada de un solo golpe. (Clausewitz, 2010, p. 406)

V. CONCLUSIÓN: CLAUSEWITZ Y LAS NUEVAS GUERRAS

Más que ofrecer un conjunto de conceptos aplicables a la hora de analizar los más diversos conflictos armados, Clausewitz parece haber logrado ofrecer un marco de referencia en el que la guerra es una realidad específica con sus propios términos, los cuales obedecen a la lógica de la política entendida como conflicto en el marco de un intercambio general de intereses. De esta forma, su concepción trinitaria de la guerra como un fenómeno de tendencias diferentemente marcadas entre el pueblo, el gobierno y el ejército, hace de este campo una específica y contradictoria, pero hermética realidad, lo que supone un análisis de la guerra que es, cuando menos, ecléctico, lo que no implica que sea un análisis circunstancial ni mucho menos carente de exhaustividad.

La guerra es una realidad humana específica y concreta, en ella se conjugan la fuerza, la política y la pasión, cosa que ofrece unas bases generales sobre las cuales plantearse la guerra aun con toda su complejidad. Igualmente, su distinción entre la guerra pura y la guerra real, no ha hecho sino plantear la posibilidad de un estudio en el plano de los estudios sociales que lleva a la posibilidad de alcanzar un conocimiento de causa de ciertos aspectos sociales planteando un referente conceptual —la guerra ideal—, cosa que en muchos sentidos, pudo anticipar la metodología de los tipos ideales que empleaba, por ejemplo, la sociología comprensiva de Max Weber^[9].

Sin embargo, parece justo e incluso necesario preguntarse si Clausewitz ha planteado de manera definitiva el fenómeno de la guerra y toda su complejidad, ya que actualmente, existe un debate candente alrededor de las denominadas nuevas guerras, bajo la premisa de que la guerra ha cambiado de manera esencial su naturaleza y ha superado por mucho el paradigma clausewitziano, que de acuerdo con algunos de estos teóricos como Kaldor, suponía la guerra como un escalamiento en hostilidades orientado a la liquidación del enemigo:

I argue that the notion of absolute war, the inner tendency of war to lead to extremes, which I regard as the core of Clausewitzian theory, is no longer applicable. For Clausewitz, war was fundamentally about the 'urge to decision', which was achieved through fighting, that is to say combat between two

warring parties, and this implied the need for speed and concentration; the suspension of belligerent action and the dispersal of forces did, of course, take place but were explained in terms of departures from the inner nature of war. (Kaldor, 2010, p. 217)

Para estas posturas, el maridaje entre la guerra y la política no es ya aplicable, observando esto en cómo la guerra se ha convertido menos en un tipo de conflicto orientado al sometimiento del enemigo, que en unos conflictos armados dados en virtud de otros intereses —los económicos, por ejemplo—, que, en lugar de buscar la paz como estadio final de la guerra, se perpetúan en el tiempo debido a diversos intereses. Igualmente, según Kaldor (2010), la violencia en este tipo de nuevas guerras, en lugar de concentrarse directamente contra ejércitos regularmente establecidos, teniendo el combate como el centro del enfrentamiento, se han concentrado en enfocar esta violencia contra la población civil, llegando a ser luchas que más que darse en razón de una identidad nacional-estatal, como las guerras del siglo XVIII y XIX, se encuentran impulsadas por una pluralidad de identidades hoy en pugna, sean estas religiosas, transnacionales y demás^[10].

Más aun, las posturas que abogan por el concepto de nuevas guerras impugnan contra el paradigma clausewitziano de la guerra, el hecho de que al comprender la guerra como un acto en constante escalamiento y que exige una concentración de poder y de fuerza ininterrumpida, fue precisamente este el paradigma

^[9] De acuerdo con Freund:

El autor de De la Guerra ha elaborado, antes que la letra, el arquetipo de la guerra en general, que sigue siendo valedero a pesar de las amenazas de un conflicto termonuclear, o, mejor dicho, estas amenazas y la guerra fría no hacen sino confirmar con justeza las afirmaciones de Clausewitz. Parece, pues, que haya captado verdaderamente la esencia eterna de la guerra. (Freund, 2018, p. 653)

^[10] Kaldor afirma:

Indeed the idea of combat as decision or battle as the centre of gravity is completely absent. Either combat is imaginary, as in the cold war, or military forces are used mainly against civilian forces, with occasional sporadic attacks on an opponent. Defeating the enemy is the justification, not the goal, of war. Through war and violence, the armed actors transform themselves from marginal extremists into mainstream power broker. (2010, p. 275)

que llevó a grandes catástrofes militares y humanas como los bombardeos nucleares al final de la Segunda Guerra Mundial:

My argument is that 'new wars' are the wars that come after the knowledge of those 'wide barriers'. After Hiroshima and Nagasaki came the realisation that war in Clausewitzian terms would lead, in Sakharov's words, to the 'self-destruction of civilization. (Kaldor, 2010, p. 274).

Contrario a esto, y lejos de atribuirle a una obra teórica o al paradigma que sentó la capacidad de conducir a la autodestrucción de la civilización, como si Clausewitz pudiese haber sido empleado doctrinariamente por los gobernantes que dirigieron los países involucrados en la Segunda Guerra Mundial, —como ya se explicó, esto es un contrasentido según el propio el autor de «De la Guerra»— es preciso destacar algunos elementos que permiten dar algún apoyo a la tesis que plantea que la guerra tiene una naturaleza invariable, a la manera en que lo ha planteado el mismo Clausewitz.

De una parte, no parece que los conflictos étnicos, religiosos y terroristas de finales del siglo XX y comienzos del XXI, sean lo suficientemente diferenciados como para dividir la noción de guerra en dos o más categorías, ya que el mero hecho de que se les siga denominando guerras es, en sí misma, una prueba que existe algo invariable en relación con este fenómeno (Schuurman, 2010). No hay, guerra sin colisión de fuerzas, sin combate y sin una motivación que, de inicio a las acciones hostiles; esto, aun cuando la intensidad de las guerras actuales haya cambiado significativamente, no hace sino demostrar que la noción trinitaria de la guerra de Clausewitz es un marco lo suficientemente amplio para comprender cuáles son los aspectos hegemónicos de las guerras dependiendo su circunstancia política y social —en algunas guerras prima el componente pasional, en otras el militar y así, aun con todo esto las guerras siguen siendo guerras sin importar sus variaciones históricas—.

Es necesario recalcar que el escalamiento de la guerra se debe a su naturaleza política, en la cual todos los sentimientos hostiles, la historia, el carácter de los gobiernos y demás, se condensan en un conflicto potente que se traslada al campo militar. En este sentido, la guerra absoluta empleada como un referente ideal, obedece a la lógica militar, pero en la práctica, la guerra solo escala si igualmente lo hace la política, llevando la enemistad al punto de utilizar la guerra con el fin de hacer frente a los enemigos. Según esto, el núcleo de la teoría de la guerra sigue siendo la política y no tanto su tendencia pura hacia escalamiento! Concretamente, toda guerra puede escalar potencialmente, y lo hará seguramente si la política alcanza grados intensos de enemistad, cosa que no significa ni que la guerra pueda poseer otra racionalidad, ni que la política pierda las riendas sobre esta, pues finalmente la guerra no es sino hacer política, y en tanto sea política, con frecuencia se obstaculizará la tendencia de la guerra hacia los extremos:

La guerra absoluta se caracteriza por una lucha total, liberada de restricciones convencionales y entregadas a la pura violencia. Lo más frecuente, sobre todo cuando la guerra estalla entre dos naciones o dos grupos de naciones que pertenecen a un mismo sistema, es que las razones políticas obstaculicen este movimiento hacia los extremos. (Freund, 2018, p. 657)

Igualmente, el mismo Clausewitz ha comprendido cómo ciertamente las guerras pueden cambiar, y se ha llegado a preguntar si la guerra de Napoleón llegaría para cambiar para siempre el plano militar o si este podría regresar después de la conmoción de la revolución. El autor de «De la guerra», entiende que el fenómeno invariable de la guerra puede tener manifestaciones diferenciadas a lo largo del tiempo, y en este sentido, la teoría habrá de nutrirse más, cosa que, en lugar de ofrecer una teoría acabada sobre la guerra, ha procurado comprender que esta avanza en relación con

su campo determinado de estudio, y, según el cambio de las circunstancias sociopolíticas.

Según estas apreciaciones, la concepción trinitaria de la guerra, la distinción entre guerra real y guerra absoluta, así como entre táctica y estrategia, son marcos útiles para entender estos cambios en el plano de las guerras, sobre todo, ayudando a comprender que estas no son del todo nuevas en un sentido estricto. Precisamente es en la comparación, en la que se entiende que persisten ciertos elementos invariables, y que la lógica de la guerra no puede ser suplantada aun cuando la intensidad de la política, rebajada por un fenómeno de despolitización, parezca que haya desaparecido.

No parece así concebible que una guerra se libre solamente con intereses económicos, como si estos intereses económicos a su vez no estuviesen al servicio del acrecentamiento de poder de alguna unidad política, o a posicionamiento de ciertos intereses geopolíticos por parte de algún gobierno. La sola existencia de un interés en aplicar la fuerza y la violencia como mecanismo para obtener algún tipo de beneficio, parece una de las clásicas prerrogativas que la política tiene para hacer valer los intereses de un cuerpo político, no importa que sus consecuencias sean económicas, ya que a través de la economía también se pueden alcanzar cosas en el plano político —por ejemplo, el bloqueo naval que Napoleón impuso al continente durante su imperio—.

Así las cosas, la importancia de una obra como «De la Guerra», tal vez recaiga en una constatación que hiere muchas susceptibilidades en la actualidad. Entre otras, la cruda realidad de que, al poseer una realidad relativamen-

te autónoma, la política así como la guerra, no se pueden cambiar ni mucho menos inventar, lo que implica para la inteligencia teórica que se adentre en este fenómeno el tener que comprender su naturaleza con el fin de desentrañar su específica realidad. Muy probablemente, esto se consiga tanto planteando un referente ideal que delimite conceptualmente el campo de estudio, como incorporando todas aquellas cosas que afectan de manera directa o indirecta a la guerra, siendo la fundamental la política que finalmente, la utiliza como un instrumento.

BIBLIOGRAFÍA

- Brodie, B. (2010). La permanente importancia de De la Guerra . En C. Clausewitz, De la Guerra.
- Clausewitz, C. (2010). De la Guerra.
- Freund, J. (1976). Guerre et politique de Karl von Clausewitz à Raymond Aron. *Revue française de sociologie, Vol. 17, N.º 4*, 643-651.
- Freund, J. (2018). La guerra según Clausewitz. En J. Freund, La esencia de lo política. Centro de estudios políticos constitucionales.
- Hahlweg, W. (1986). Clausewitz and guerrilla warfare. *Journal of Strategic Studies, 9:2-3*, 127-133.
- Kaldor, M. (2010). *Inconclusive Wars: Is Clausewitz Still Relevant in these Global Times? Global Policy Volume 1 . Issue 3*, 271-281.
- Schmitt, C. (1969). Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia. *Revista de estudios políticos Número 163*, 5-30.
- Schuurman, B. (2010). Clausewitz and the 'New Wars' Scholars. *Parameters: journal of the US Army War College*, 1-12.